

QUADERNS **de formació**

3



dossier sobre **el fet** **nacional-1**

edició castellana

edita: convergència socialista de catalunya

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

INTRODUCCION

Con esta antología de textos del socialismo revolucionario referidos a diversos aspectos de la cuestión nacional hemos pretendido, por una parte, destacar la permanente atención e importancia que dicha cuestión ha tenido para los principales teóricos del marxismo, desde los mismos fundadores del socialismo científico hasta algunos de los autores catalanes más directamente comprometidos en la lucha por el socialismo y el derecho de autodeterminación de Catalunya. Por otra, ofrecer unas líneas fundamentales de orientación para la lucha presente y futura de los socialistas catalanes en el terreno de la cuestión nacional de Catalunya.

Hay que advertir que el pensamiento marxista sobre el tema no es, ni podía ser, monolítico y sin aparentes contradicciones. Cada autor citado fue, ante todo, un militante que tuvo que pensar con motivo de unas luchas concretas en un momento determinado de la Historia y en un país. En cada caso, las motivaciones que llevaron a Marx, Engels, Rosa Luxemburg o Lenin a decir lo que dijeron sobre la cuestión nacional fueron a menudo distintas de las de sus compañeros de ideología. Sus razonamientos y argumentos eran discutibles y por eso mismo fueron discutidos entre ellos, hasta el punto de que algunos de los textos seleccionados forman parte de las polémicas entabladas en el seno del movimiento marxista internacional.

Los enemigos del socialismo se basan en esas polémicas y en las diferentes tomas de posición de los dirigentes marxistas para acusar a éstos de oportunistas y de defender, según las circunstancias, la lucha de los polacos, por ejemplo, y otras veces, atacarla. Al hacer esto olvidan, tal vez voluntariamente, que el socialismo no es un nacionalismo y que la causa de las nacionalidades es inseparable de la causa del socialismo, por lo cual no toda lucha nacionalista es verdaderamente liberadora del pueblo de la nación. Lo más corriente fue, durante años, que la lucha nacionalista sirviera más a los intereses de la burguesía que a los del proletariado. La gran aportación doctrinal y científica de los pensadores marxistas fué en este campo el reconocer el aspecto históricamente progresivo de la lucha nacionalista burguesa y, a continuación, destacar los límites de dicha lucha y cómo el socialismo y la clase obrera eran los auténticos protagonistas de una total y eficaz liberación nacional.

Esta antología no está hecha al azar. Hemos buscado lo que une a todos los autores por debajo de sus apreciaciones dispares, las cuales responden, como hemos dicho, a la diversidad de análisis concretos que hubo que hacer, correctamente, ante cada situación concreta que se le planteó a cada uno. La unidad de pensamiento en cuestiones más específicas es mucho más visible entre los autores catalanes, por esa misma razón, pues todos ellos se refieren a un país concreto en un período histórico, especialmente trascendental para la causa nacional catalana y para el socialismo, es decir los años de la Segunda República española.

Las ideas centrales de esta antología podrían resumirse del modo siguiente:

Según los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, el proletariado

riado ha sido expropiado por la burguesía no sólo de los medios de producción sino de la misma patria, de la propia nación. Pero los proletarios, con su vocación de suprimir las clases sociales, se constituyen en la clase nacional, es decir, total. Ellos son los creadores de la verdadera unidad nacional, de la verdadera Nación. Asimismo, la burguesía, con el desarrollo del capitalismo, rompe el marco nacional, se vuelve internacional aunque imperialista. También el proletariado internacional completará la internacionalización de la sociedad pero suprimiendo el imperialismo, la explotación de una naciones por otras. Desaparecida la lucha de clases nacional desaparecerá la lucha de clases internacional.

Un ejemplo concreto que aporta Marx es la lucha del proletariado inglés contra su oligarquía. Si aquel apoya la emancipación nacional irlandesa debilitará a la oligarquía británica que es la dominadora de los patriotas irlandeses. A su vez, los irlandeses, al ser libres, expulsarán a la oligarquía extranjera y la dejarán debilitada frente al ataque del proletariado inglés. La lucha nacional de un pueblo coincide con la lucha popular en el seno de la nación opresora.

Por otra parte, como recuerda Engels, el proletariado necesita de las libertades públicas, de la democracia, para mejorar sus condiciones de lucha contra la burguesía. Una independencia nacional o una mera autonomía jurídico-política en el seno de un Estado plurinacional es un marco de libertad imprescindible para luchar contra sus enemigos de clase.

Como consecuencia de esa libertad, Otto Bauer recuerda que la nacionalización de la democracia por parte del proletariado supone la democratización de la cultura. El intercambio cultural que el internacionalismo proletario supone es la otra cara del desarrollo de la propia cultura nacional—popular frente a los que acusan al socialismo de nivelar a las masas de cada nación en una cultura "standard" internacional, sin rasgos propios, es decir, populares. A diferencia de la simple comunidad cultural o "carácter nacional" de los burgueses, que tiende a decaer con motivo de los intercambios entre las culturas, propios del desarrollo económico, la unidad de educación y de trabajo en una misma formación social, democrática y socialista, distribuye la cultura común entre las masas (que habían sido expropiadas por la burguesía) y las une con mayor fuerza. La lengua popular, a menudo desconocida por el pueblo, debido a la utilización coactiva y meramente "funcional" de otra lengua extraña, es el vehículo de la propia cultura, nacionalizada. Los bienes de la cultura nacional serán por fin propiedad de todos y cada uno. Y todos y cada uno serán producto de ese bien cultural común. Todos los textos de militantes catalanes que se citan en esta antología, y que se refieren a la cuestión de la patria y de los proletarios y a su lengua, coinciden con estos planteamientos. Asimismo, la cita que se hace de Rosa Luxemburg enlaza las apreciaciones de Marx y Engels sobre el socialismo como único creador verdadero de una nación libre, democrática e independiente con la idea central de Lenin de que el Estado nacional no es una categoría abstracta, sino algo concreto e histórico, cuyo análisis correcto es imprescindible para entender en cada caso el mejor modo de plantear la estrategia socialista en la lucha por la autodeterminación nacional.

Para aplicar la estrategia de la lucha nacionalitaria del movimiento obrero hay que analizar, según Lenin, el momento en que se encuentra dicho mo-

vimiento en relación a la fase de desarrollo capitalista a la que corresponde el estadio de formación del Estado nacional burgués. El capitalismo en desarrollo tiende a la uniformidad nacional, a superar la situación pluri-nacional dentro del Estado para crear un Estado nacional unitario. Ahora bien, un Estado moderno verdaderamente democrático no sólo es contrario sino que es propulsor de las autonomías "regionales" (ya sean sociales, económicas o político-nacionalitarias), ya que todo centralismo (necesario para el capitalismo) necesita de ellas si quiere funcionar, no sólo burocráticamente, sino democráticamente. De ahí el interés natural para el desarrollo económico de que exista una lengua que sirva de vehículo entre las diversas nacionalidades, pero esa lengua debe ser usada libremente, sin menoscabo de las propias de cada nacionalidad. Y esto que se afirma de las lenguas se afirma también, repetimos, de cualquier autonomía. Democracia es sinónimo de autonomía.

Pero Lenin va más lejos. La autonomía de las nacionalidades no es tan sólo un derecho de cada una de ellas, sino el modo de organizar la convivencia de todas entre sí. Aunque pueda extrañar de momento, Lenin prefiere un sistema de autonomías que un sistema federal. ¿Por qué? Por que el reconocimiento profundo del derecho de cada nacionalidad ha de partir de la voluntad democrática de ésta. La federación supone un acuerdo entre nacionalidades. Por eso no es un "derecho" de cada una, pues nadie tiene derecho a llegar a un acuerdo. Si dos o más nacionalidades no quieren federarse de nada vale invocar el derecho de una a hacerlo. Si Catalunya desea que el Estado español sea federal, por mucho "derecho" que tuviera, no lo alcanzaría jamás si el resto de los pueblos hispanos no deciden federarse con ella y entre sí. En cambio, la autonomía en cuanto a acto democrático es alcanzable por cada una de las nacionalidades. Después se verá si esas nacionalidades ya autónomas deciden federarse o no como mejor garantía de cada una de las autonomías logradas democráticamente.

En cuanto a la separación o derecho a separarse de un Estado, se reconoce plenamente, pues, en la lucha democrática nadie puede ir democráticamente contra la voluntad de un pueblo y, a veces, puede ser revolucionariamente positivo, crear un marco de independencia política democrática y socialista frente a un Estado autocrático y capitalista. Pero no es el ideal socialista la separación disgregadora, encerrada en sí misma, nacionalista, sino la vinculación abierta e internacionalista con otros pueblos en la causa común de la revolución democrática y socialista.

A partir de este hilo conductor del pensamiento socialista, hemos escogido aquellos textos de autores y militantes catalanes que, en nuestra opinión, expresaron mejor durante la crucial experiencia de lucha democrática y socialista de los años treinta, los principios citados, dentro de las naturales aportaciones originales que la inédita experiencia catalana y española de aquel momento produjo. Analizar con cuidado estos últimos textos es tarea de todo aquel que muy consciente de que la fase histórica del capitalismo español es hoy diferente, quiera reflexionar con eficacia sobre la lucha catalana por la democracia, la autonomía y la construcción de una sociedad sin clases en nuestro país, unido siempre fraternalmente con los restantes pueblos hispanos e ibéricos frente al enemigo común: la oligarquía explotadora e imperialista.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del Poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales.

El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación se borrarán la hostilidad de las naciones entre sí.

Carlos Marx (1818–1883) filósofo, economista y político alemán, teórico, junto con Engels, del materialismo histórico y dialéctico y profundo analizador del capitalismo, sus leyes y sus contradicciones. Intervino activamente en la fundación del movimiento obrero y en la orientación socialista de la Internacional de trabajadores.

Friedrich Engels (1820–1895) filósofo alemán, estudioso de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado industrial inglés en la primera mitad del siglo XIX. Colaborador de Marx que dió un gran impulso fundacional al materialismo histórico y dialéctico.

Estic cada vegada més convençut —i no és irracional de res més que d'inculcar-ho a la classe obrera anglesa— que no podrà fer mai res decisiu, ací a Anglaterra, mentre no rompi de la manera més total, en la seva política irlandesa, amb la política de les classes dominants, mentre no solament no faci causa comuna amb els irlandesos sinó que prengui la iniciativa de la dissolució de la unió forçada de 1801 i de reemplaçar-la per una confederació igual i lliure. Cal tendir a aquest objectiu, no pas per simpatia envers Irlanda sinó com una reivindicació, en el mateix interès del proletariat anglès. Si no, el poble anglès continuarà estant controlat per les classes dirigents, car «és ell» el que és obligat a ajuntar-se a elles per fer front contra Irlanda. Tot moviment popular, a Anglaterra i tot, és paralyzat per endavant per les diferències amb els irlandesos, que formen, a la mateixa Anglaterra, una fracció molt important de la classe obrera. Ací, la primera «condició» d'emancipació —l'enderrocament de l'oligarquia agrària— resta impossible, perquè hom no podrà ocupar la plaça forta mentre els senyors conservin a Irlanda llurs avançades fortament atrinxerades. En canvi, així que la causa del poble irlandès passi a les seves pròpies mans, així que ell mateix esdevingui el seu propi legislador, així que es governi a si mateix i gaudeixi de la seva autonomia, l'anihilament de l'aristocràcia terratinent —en gran part «les mateixes persones» que els *landlords* anglesos— esdevindrà infinitament molt més fàcil ací. A Irlanda, el problema no és solament d'ordre econòmic: al mateix temps es planteja el «problema nacional», perquè els *landlords* irlandesos no són, com a Anglaterra, els dignataris i els representants tradicionals, sinó els opressors odiats de la nació irlandesa.

Cada campesino y obrero polacos que sale de su letargo para participar en los intereses generales se encuentra de entrada con el hecho de la sumisión nacional, que es el primer obstáculo que se levanta por doquier en su camino. Suprimirlo es la condición fundamental de todo desarrollo libre y sano. Los socialistas polacos que no pusieran la liberación de su país en cabeza de su programa me hacen pensar en unos socialistas alemanes que no quisieran reivindicar desde el primer momento la supresión de las leyes de excepción contra los socialistas, la libertad de prensa, de asociación, de reunión. Para poder luchar, es preciso, ante todo, tener un terreno de lucha, aire, luz, y un margen de maniobra. Sino, todo no es más que un parloteo.

OTTO BAUER, *Creciente diferenciación entre las naciones en la sociedad socialista*, 1907

El que el socialismo devuelva la autonomía a la nación, el que su destino sea producto de su voluntad consciente, tiene como consecuencia una creciente diferenciación de las naciones en la sociedad socialista, una acentuación de sus participantes, una demarcación más nítida entre las características nacionales. Esta opinión tal vez sorprenderá; pues tanto los defensores como los detractores del socialismo están convencidos de que este nivelará la diversidad nacional, disminuirá o suprimirá las diferencias entre las naciones.

Es cierto que el contenido material de la cultura, el de las diferentes culturas nacionales, será nivelado en la sociedad socialista. Esta tarea ha sido emprendida ya por el capitalismo moderno. Los campesinos precapitalistas han producido y vivido durante siglos de acuerdo con lo que habían heredado de sus antepasados, sin incorporar nada surgido del progreso de sus vecinos; han seguido utilizando su antiguo y deficiente arado, pese a tener la posibilidad de hallar, a poca distancia de allí, otro mejor que les hubiera asegurado mejores cosechas.

Por contra, el capitalismo moderno ha enseñado a las naciones a aprender las unas de las otras; todo progreso técnico resulta asimilado por todos los países en el plazo de algunos años, toda modificación del derecho en los países circundantes es estudiado e imitado. Cada corriente de la ciencia, del arte, influye en los pueblos cultivados del mundo entero.

Está fuera de toda duda que el socialismo va a acentuar considerablemente esta tendencia cosmopolita de nuestra civilización, nivelará rápidamente los contenidos materiales de la cultura, las naciones aprenderán muy deprisa las unas de las otras y cada una tomará de las otras lo que corresponda a sus necesidades. Pero sería prematuro concluir de ello que la nivelación de los contenidos materiales de la cultura hará totalmente idénticas a las naciones.

Lo que es verdad para la democracia de un país capitalista, lo es más todavía para la democracia socialista. Solo el socialismo es sinónimo de verdadera democracia, de verdadera hegemonía popular, pues permite al pueblo dominar los instrumentos de poder más importantes, los instrumentos de trabajo; sólo ello hace posible la verdadera hegemonía popular, pues une al pueblo por entero en una comunidad de cultura, pues da a cada uno de los que reciben la influencia de toda cultura de la nación la posibilidad de una co-decisión independiente. Las nuevas ideas no podrán penetrar en una sociedad socialista si no es intentando penetrar individualmente en cada uno de los ciudadanos a quienes la educación socialista nacional habrá desarrollado fuertemente su personalidad, siendo así plenamente poseedores de la cultura nacional. Pero esto significa que ninguna idea nueva puede ser simplemente adoptada sin más; por el contrario debe ser recibida, incorporada, adaptada al espíritu colectivo de millones de individuos. Ningún individuo registra lo que es nuevo de forma puramente mecánica, sino que lo incorpora, lo integra a su personalidad, lo digiere intelectualmente al percibirlo; así la nación entera no se contentará con recoger lo que es nuevo, sino que, al absorberlo, lo remodelará, lo acomodará a su esencia, lo modificará a través del proceso de absorción por millones de individuos. A causa de este hecho importante —la percepción nacional— toda idea que una nación recoja de otra deberá, ante todo, ser adaptada a la indiosincrasia de la nación, modificada por ella antes de ser absorbida. De esta forma las naciones no retomarán unas de otras ninguna nueva literatura, ningún nuevo arte, ninguna nueva filosofía, ningún nuevo sistema de valores sin haberlos reelaborado: adaptarse a la cultura intelectual existente en la nación significa religarse, integrarse a toda la historia de la nación. En la actualidad es mucho más difícil que el pueblo inglés, el francés o el alemán recojan tal cual, un nuevo mundo de valores espirituales de otro pueblo, que los japoneses o los croatas, pongamos por caso. Así, en la sociedad socialista, ninguna nueva parcela de cultura espiritual podrá encontrar acceso en una nación sin estar religada a la cultura nacional, ponerse en relación con ella, ser co-determinada por ella.

Por ello la autonomía de la comunidad nacional de cultura en el socialismo significa necesariamente, a pesar de la nivelación de los contenidos materiales de la cultura, una diferenciación de la cultura espiritual de las naciones. La integración de todo el pueblo a la comunidad nacional de cultura, la conquista por la nación de su autodeterminación integral, una diferencia-

ción espiritual creciente de las naciones: esto es el socialismo. El comunismo de las grandes naciones hará renacer la plena comunidad de cultura de todos los compatriotas tal como ha existido en la época del comunismo primitivo.

El fundamento de la nación resulta, desde ese momento, modificado. La comunidad de cultura de los pueblos germánicos reposaba sobre la descendencia de un mismo tronco: el que algunos elementos idénticos de cultura les hubiesen sido transmitidos por antepasados comunes los unía en una nación. En la comunidad de cultura de la sociedad socialista moderna ocurre todo lo contrario: aquella es un producto de la actividad social; un resultado de la educación, a la que tienen acceso todos los niños del pueblo; un producto de la colaboración de la nación al trabajo social.

Hay pues una enorme diferencia, ya que la nación, fundada en lazos de ascendencia de una comunidad lleva en sí misma el germen de su decadencia: a medida que los descendientes de antepasados comunes estén geográficamente más separados y sometidos a diferentes condiciones de lucha por la existencia, mayor será la diferencia entre unos y otros, llegando a ser pueblos diferentes con dialectos diferentes, pues ningún matrimonio los volverá a ligar; con costumbres, derechos diferentes, diferentes hábitos de vida, con un temperamento diferente, con una manera diferente de reaccionar a los mismos estímulos.

Pero mientras que la nación fundada en tal tipo de comunidad lleva en sí misma el germen de la decadencia, la nación fundamentada sobre la comunidad de educación lleva en sí misma la tendencia a la unidad: ella somete a todos sus hijos a la misma educación, todos los co-nacionales trabajan conjuntamente en los talleres de la nación, participan en la creación de la voluntad colectiva de la nación, gozan conjuntamente de los bienes de la cultura de la nación.

De esta forma el socialismo comporta en sí mismo la garantía de la unidad de la nación. El hará de la lengua unitaria alemana —esa lengua materna de las masas para las que aún resulta una lengua extranjera— la gran puerta de acceso a nuestros bienes culturales. El hará del destino de la nación el fundamento determinante del carácter de cada uno de los compatriotas llamados a co-definir la voluntad de la nación; hará de los bienes culturales de la nación la propiedad de cada alemán, y en consecuencia, hará de cada alemán el producto de nuestros bienes culturales. Comunidad de ascendencia tomada aisladamente significa decadencia; comunidad de educación y de trabajo significa unidad segura de la nación. La nación debe ante todo llegar a ser una comunidad de trabajo antes de poder ser plenamente una verdadera comunidad de cultura que se autodetermina.

Otto Bauer (Viena 1881—París 1938) político, economista y dirigente socialdemócrata austríaco del ala izquierda del partido. Autor de diversos libros sobre la cuestión nacional, la política agraria, la revolución austríaca y la construcción del socialismo. Partidario de la huelga general política pero contrario a las teorías que sostienen el hundimiento catastrófico del capitalismo. Uno de los principales exponentes del austro-marxismo.

Los intereses del proletariado exigen el establecimiento de unas instituciones democráticas y de una enseñanza popular que dentro de lo que eso es posible en un régimen burgués no sean adulteradas. El progreso político e intelectual de la clase obrera exige la libertad de expresión y de cultura (ciencias, letras, artes). El proletariado pide que sea reconocida la igualdad de su nacionalidad en relación a las otras nacionalidades existentes en el mismo Estado. Esto por principio democrático y también porque la violación de los derechos de un grupo étnico da a la burguesía de la nacionalidad oprimida un buen pretexto para enmascarar los conflictos de clase.

Los que sueñan con "mejorar las relaciones entre las clases sociales" piensan que es el Estado nacional moderno quien garantiza los derechos del ciudadano libre y el desarrollo de la cultura. Cualesquiera que sean sus convicciones ideológicas, les parece que esta forma de gobierno le es absolutamente necesaria al proletariado, aunque sea por razones diferentes de las de la burguesía. Imaginar lo que sería "mejor" para la clase obrera conduce a una atractiva evidencia: El socialismo sería el mejor remedio a la opresión nacionalista. Sin embargo, si hemos de ser realistas, es preciso encontrar ya ahora los medios eficaces de resolver la cuestión nacional en el cuadro del régimen actual.

Aquella forma de pensar contiene, desde el punto de vista histórico, un malentendido. Creer que el Estado burgués constituye la mejor garantía del desarrollo nacional significa que se considera la noción de Estado como una *categoría abstracta*. La doctrina que toma el Estado nacional como un modelo de libertad y de independencia, no es otra cosa que un residuo del podrido liberalismo de los burgueses de la Europa occidental y central de la primera mitad del siglo XIX. La historia del capitalismo prueba que la verdad social del Estado Moderno es mucho menos seductora de lo que parece. Los slogans sobre la libertad y sobre la independencia nacional camuflan una realidad política brutal: proteccionismo aduanero, militarismo, impuestos indirectos, guerras y conquistas imperialistas. Es suficiente recordar este fundamento histórico-social de la ideología burguesa para comprender que la actitud del proletariado con respecto a la cuestión nacional es esencialmente diferente.

Rosa Luxemburg (1870–1919) escritora y política revolucionaria polaca de origen judío y una de los principales teóricos del ala izquierda del partido socialdemócrata alemán, especialmente sobre cuestiones económicas y el problema de las nacionalidades. Combatió durante la I guerra mundial contra el nacionalismo chovinista de la mayoría socialdemócrata de derecha y colaboró con el movimiento de izquierda del espartaquismo, junto a Karl Liebknecht, hasta la fundación del Partido Comunista de Alemania en 1918. Fue asesinada en 1919 por el gobierno conservador alemán.

La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico *determinado*, y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, de programa nacional para un país determinado) que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una misma época histórica determinada.

¿Qué significa este requisito absoluto del marxismo aplicado a nuestro problema?

Ante todo significa que es necesario distinguir rigurosamente dos épocas del capitalismo, radicalmente distintas desde el punto de vista de los movimientos nacionales. Por una parte, la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituyen la sociedad y el Estado democrático—burgueses, en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno u otro modo a *todas* las clases de la población a la política por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc. Por otra parte, presenciamos una época en que los Estados capitalistas están completamente estructurados, con un régimen constitucional hace mucho tiempo establecido, con un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía, una época que puede llamarse vispera del hundimiento del capitalismo.

Lo típico de la primera época es el despertar de los movimientos nacionales, el hecho de que se incorporen a ellos campesinos, como el sector de la población más numeroso y más "difícil de mover", en relación con la lucha por la libertad política en general y por los derechos de nacionalidad en particular. Para la segunda época, lo típico es la ausencia de movimientos democrático—burgueses de masas, cuando el capitalismo desarrollado, aproximando y amalgamando cada vez más las naciones, ya plenamente incorporadas al intercambio comercial, pone en primer plano el antagonismo entre el capital internacionalmente fundido y el movimiento obrero internacional.

Naturalmente, una y otra época no están separadas entre sí por una muralla, sino ligadas por numerosos eslabones de transición, distinguiéndose, además, los diversos países por la rapidez del desarrollo nacional, por la composición nacional de su población, por su distribución, etc., etc. No puede ni hablarse de que los marxistas de un país determinado procedan a elaborar el programa nacional sin tener en cuenta todas estas condiciones históricas generales y condiciones estatales concretas.

Lenin (1870–1924) político revolucionario ruso dirigente bolchevique del partido socialdemócrata, uno de los artífices de la revolución soviética de 1917 y gran teórico marxista en cuestiones tan fundamentales como el imperialismo, la estrategia revolucionaria, el papel del partido en la lucha anticapitalista y el problema de las nacionalidades.

El Estado nacional es regla y "norma" del capitalismo, el Estado de composición nacional heterogénea, o plurinacional, no es más que un estadio atrasado o una excepción. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, el Estado nacional es el que ofrece, sin duda alguna, las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. Lo cual no quiere decir, naturalmente que semejante Estado, sobre la base de las relaciones burguesas, pueda excluir la explotación y la opresión de las naciones. Quiere decir tan sólo que los marxistas no pueden perder de vista los poderosos factores *económicos* que originan la tendencia a crear Estados nacionales. Quiere decir que "la autodeterminación de las naciones", en el programa de los marxistas, *no puede tener*, desde el punto de vista histórico—económico, otra significación que la autodeterminación política, la independencia estatal, la formación de un Estado nacional.

LENIN, Notas críticas sobre la cuestión nacional, 1913

Es perfectamente evidente que no cabe imaginarse un Estado moderno verdaderamente democrático que no otorgue autonomía a toda región que presente particularidades, aunque sean tan poco notables, en el campo de la economía o de la forma de vida, o bien tenga una composición nacional particular, etc. El principio del centralismo, necesario para desarrollar el capitalismo, no se ve nada comprometido por una autonomía así (local o regional). Al contrario, gracias a ella funciona de forma *democrática* y no burocrática. El desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo sería imposible, o, al menos, extremadamente difícil *sin* tal autonomía, la cual *facilita*, a la vez, la concentración de los capitales, el desarrollo de las fuerzas productivas y el reagrupamiento de la burguesía y del proletariado de *todo Estado*.

En cambio, la intervención burocrática en las cuestiones *puramente* locales (regionales, nacionales, etc.) constituye uno de los más grandes obstáculos al desarrollo económico y político en general y, en particular, uno de los obstáculos al *centralismo* en las cuestiones más importantes, las cuestiones fundamentales.

Usted es partidario de que haya una lengua oficial en Rusia. Usted dice que es "indispensable y que ha tenido y tendrá un gran alcance progresivo". Estoy absolutamente en desacuerdo. He escrito sobre este tema hace tiempo en *Pravda*, y todavía no he encontrado una refutación. Su argumento no me convence. La lengua *rusa* ha tenido un alcance progresivo para una multitud de naciones pequeñas y atrasadas, esto es indiscutible, ¿pero no vé Vd. que *habría tenido* un alcance progresivo todavía mucho mayor si no se hubiese impuesto a la fuerza? ¡Cómo! Es que la "lengua oficial" no es un bastón cuyos golpes *alejan* de la lengua rusa? ¿Cómo no quiere comprender Vd. esa *psicología*, tan importante en la cuestión nacional y que, al menor estreñimiento, ensucia, estropea y reduce a la nada el indiscutible alcance progresivo de la centralización, de los grandes Estados, de la lengua única? Pero todavía más importante que la psicología, está la economía: en Rusia existe ya una economía *capitalista*, que convierte a la lengua *rusa* en indispensable. ¿Y no cree Vd. en el poder de la economía? ¿Quiere Vd. "sostenerla" con las porras de una policía canalla? ¿No ve que de esta forma *desfigura* usted la economía y que la frena? ¿Es que la desaparición del sucio régimen policíaco no va a multiplicar por diez (por mil) las asociaciones libres para la salvaguardia y la propagación de la lengua rusa? No, estoy absolutamente en desacuerdo con Vd. y le acuso de "socialismo real prusiano".

Está Vd. *contra* la autonomía. Está Vd. *solamente* en favor de la auto-administración regional. No estoy del todo de acuerdo. Recuerde las explicaciones de Engels diciendo que la centralización no excluye en modo alguno las "libertades" locales. ¿Por qué la autonomía para Polonia y no para el Cáucaso, el Sur, el Ural? ¡Es el parlamento central quien fijará los *límites* de la autonomía! Nosotros estamos por el centralismo democrático, absolutamente. Nosotros estamos *contra* la *federación*. Nosotros estamos por los Jacobinos contra los Girondinos. Pero temer la autonomía, en Rusia... ¡vamos, es ridículo! ¡Es reaccionario! Cíteme un ejemplo, imagine un ejemplo en que la autonomía *pueda* llegar a ser perjudicial! Vd. no citará ninguno. Y el razonamiento es estrecho: nada que la auto-administración pueda beneficiar en Rusia (y en Prusia) al sucio régimen policíaco.

"El derecho a la libre disposición no solamente significa el derecho a la separación. Significa también el derecho a un lazo federal, el derecho a la autonomía", escribe Vd. Absolutamente en desacuerdo. Eso *no* significa el derecho a la *federación*. La federación es una unión entre iguales, una unión que exige el acuerdo *general*. ¿Cómo puede existir el *derecho de una parte* a ponerse de acuerdo con otra? Es una absurdidad. Nosotros somos contrarios, en principio, a la federación. Debilita los lazos económicos, representa una forma sin valor para un solo Estado ¿Quieres separarte? Adelante, si puedes romper los lazos económicos, o más aún, si la opresión y los desacuerdos de la "cohabitación" son tales que estropean y destruyen la obra de los lazos económicos. ¿No quieres separarte? entonces, perdona, entonces no decidas en *mi* lugar, no pienses que tienes un "*derecho*" a la *federación*.

¿"Derecho a la autonomía"? También es falso. Estamos *en favor de la au-*

tonomía para todas las partes, estamos por el *derecho* a la separación (¡y no para la separación de todos!) La autonomía, es *nuestro* plan de organización de un Estado democrático. La separación no es del todo nuestro plan. Nosotros no predicamos de ningún modo la separación. En conjunto, nosotros estamos contra la separación. Pero nosotros estamos por el *derecho* a la separación, a causa del nacionalismo reaccionario de la Gran Rusia, que ha manchado de tal manera la causa de la convivencia nacional que, a veces, habrá mejores lazos después de una libre separación.

El derecho a la libre disposición es una *excepción* a nuestra premisa general, el centralismo. Esta excepción es absolutamente necesaria, de cara al nacionalismo reaccionario, y la menor renuncia a esta excepción es un oportunismo, es un juego tonto del que se aprovecha el nacionalismo reaccionario gran ruso. Pero, *no es preciso* interpretar la excepción en un sentido amplio. No hay nada y no debe haber nada, absolutamente nada, que no sea el *derecho* a la separación.

M. SERRA I MORET, *Introducció al Manifest Comunista*, 1924

Els obrers i la pàtria en el «Manifest Comunista».

No per això perd interès l'individu tocat d'aquesta noble passió d'estimar les coses de la terra, i més particularment quan s'escap d'ésser un naufrag en les platges de la fortuna, un treballador assalariat. Quan llegirà que els obrers no tenen pàtria se sentirà estamordit, però és justament aquesta afirmació rotunda la que més pot fer-lo meditar en la gran suma de veritats exposades en el *Manifest Comunista*. Perquè que els obrers no tinguin pàtria no vol dir de cap manera que no n'hagin de tenir. Quan una nova organització social haurà elevat les seves condicions l'obrer podrà decidir quina quantitat d'afecció pot comprometre en l'obra de crear i recrear pàtries i comunitats nacionals, aquesta funció alterna de l'esperit que sempre ha estat i serà una deu molt fecunda de la cultura humana. Mentrestant l'obrer és un *apatride*, i la brutal realitat ens diu amb més eloqüència que el *Manifest Comunista* fins a quin punt és certa aquesta declaració que els obrers no tenen pàtria.

El sentiment nacional dels pobles.

En quant fa referència al sentiment nacional dels pobles, no representa cap obstacle a l'evolució econòmica i jurídica de la societat en conjunt. No s'ha descobert encara en la història un cas concret d'antagonisme nacional que no tingui un fonament econòmic. L'establiment d'una llei econòmica universal posa fi a les rivalitats dels pobles. L'etnicisme i l'etnografisme no són termes de competència, sinó fruits incontrolables de la natura que mai no han portat els homes a una lluita, sinó a un esforç de superació de les seves pròpies condicions nacionals, per tal de trobar un pla comú d'universalitat i de camaraderia. El Socialisme no està en pugna amb cap manifestació de personalitat col·lectiva, car representa un punt de coincidència, el plasma que circula a través d'obstacles i fronteres per a dir als homes que per damunt de la diversitat etnogràfica existeix el sentiment i la llei de germanor i de solidaritat humanes.

Manuel Serra i Moret (se puede encontrar una biografía de este escritor y político de la Unió Socialista de Catalunya en el libro de Pere Foix "Apòstols i Mercaders"), miembro del Parlament de Catalunya durante la II República. De origen republicano y catalanista.

La burguesía industrial y la pequeña burguesía en la lucha nacional.

En el transcurso de las revoluciones burguesas del siglo XIX, los países capitalistas más importantes de Europa resolvieron su problema nacional; pero éste subsistió en los Estados plurinacionales que no habían realizado todavía su revolución democraticoburguesa. En los movimientos de emancipación nacional las distintas clases sociales actúan con las mismas características que las distinguen en la lucha general por las reivindicaciones democráticas, de las cuales aquéllos no son más que un aspecto.

Los intereses de la economía capitalista impulsan a la burguesía a luchar contra las reminiscencias feudales que constituyen un obstáculo a su avance triunfal; pero esta lucha se desarrolla en condiciones históricas muy distintas de las que caracterizan a las épocas de las revoluciones burguesas anteriores. La burguesía era entonces todavía una fuerza progresiva, cuya consolidación coincidía con los intereses generales de la Humanidad. Hoy es una fuerza regresiva, cuya persistencia constituye un peligro para dichos intereses, con los cuales se halla en abierta contradicción. Entonces la burguesía realizaba su misión histórica, con la ayuda directa de las masas obreras y campesinas, sin la cual le hubiera sido imposible triunfar. Hoy, el proletariado tiene una conciencia de clase incomparablemente más elevada, numéricamente es mucho más fuerte, y si bien tiene un interés vital en resolver los problemas fundamentales de la revolución democraticoburguesa, considera esta revolución como etapa indispensable para seguir avanzando en el sentido de las realizaciones de carácter socialista y no está dispuesto a lanzarse al combate en provecho exclusivo de la dominación burguesa. En cuanto a los campesinos, los términos del problema han variado asimismo fundamentalmente. La cuestión de la tierra, como es sabido, puede ser considerada como la piedra angular de la revolución burguesa. En el período anterior, la burguesía capitalista podía atacar, sin consecuencias para su propia dominación, el derecho de propiedad de los grandes terratenientes, cuyo poderío tenía interés en destruir. Hoy, ante el miedo de que ese ataque estimule la ofensiva proletaria contra el derecho de propiedad privada en general, se vuelve precavida y su actitud ante el problema de la tierra se convierte en conservadora y regresiva.

La burguesía, pues, en las circunstancias históricas actuales, no puede resolver los problemas fundamen-

tales de su propia revolución, y, por consiguiente, el de la emancipación nacional, y en los momentos decisivos, cuando entran en acción grandes masas populares, aterrorizada ante las posibles consecuencias de la misma, retrocede y se apresura a pactar con los elementos semif feudales. En la mayor parte de los casos, esta defección de la gran burguesía provoca una reacción popular que determina el desplazamiento de la dirección del movimiento nacional hacia la pequeña burguesía. Su fraseología pomposa y radical, sus actitudes exteriormente revolucionarias, su intransigencia verbal, le atraen la simpatía y la confianza populares. Pero las fallas fundamentales de esa clase no tardan en manifestarse. Clase vacilante e indecisa, como reflejo de la situación intermedia que ocupa en la economía capitalista, su revolucionarismo se deshinch a rápida y lamentablemente; presa de pánico ante las consecuencias y las responsabilidades de un alzamiento nacional, se agarra ansiosamente a la primera fórmula conciliadora que se le ofrece, y el movimiento nacional, bajo la dirección de la pequeña burguesía, corre la misma suerte que la revolución democrática en general.

El carácter de la unidad española.

Existen en España dos movimientos de emancipación nacional de vitalidad indudable: el de Cataluña y el de Euzkadi. El de Galicia, por el momento, no es más que un balbuceo regionalista, falto del calor de las grandes masas, y refugiado, por ello, en los cenáculos literarios y en las Academias. Para que se convierta en un movimiento nacional, en el verdadero sentido de la palabra, le faltan las premisas económicas necesarias. En todo caso, hoy no es todavía una *realidad* y, mientras no lo sea, carece de interés para los marxistas, los cuales deben operar siempre con *hechos*. De Euzkadi hablaremos en otra ocasión. Por hoy, nos limitamos a examinar someramente, aplicándole el criterio teórico esbozado (*), el problema concreto de Cataluña.

España, como hemos indicado ya más arriba, pertenece a la categoría de los Estados plurinacionales, cuya formación ha precedido al desenvolvimiento capitalista. En todos los grandes Estados de Europa —como hace observar Marx en sus luminosos estudios sobre la revolución española— las grandes monarquías se

crearon sobre las ruinas de las clases feudales, la aristocracia y las ciudades. En los demás países, «la monarquía absoluta apareció como un centro de civilización, como un agente de unidad social. Fue como un laboratorio en el cual los distintos elementos de la sociedad se mezclaron y transformaron, hasta tal punto que les fue imposible a las ciudades substituir su independencia medieval por la superioridad y la dominación burguesa». (*) (Marx)

En cambio, en España la monarquía absoluta «hizo todo cuanto dependió de ella para entorpecer el aumento de los intereses sociales, que trae aparejada consigo la división natural del trabajo y una circulación industrial múltiple, y así suprimió la única base sobre la cual podía ser fundado un sistema unificado de Gobierno y de legislación común. He aquí por qué la monarquía absoluta española puede ser más bien equiparada al despotismo asiático que comparada con los otros Estados europeos». (**) (Marx)

La poderosa inteligencia de Marx señaló magistralmente, en estas líneas, el carácter regresivo de la unidad española, en el cual hay que buscar la causa de su inconsciencia y de la agudeza extraordinaria adquirida por los problemas de emancipación nacional. A la luz de esta interpretación y de las consideraciones expuestas en la primera parte de este estudio, aparecerán claramente los motivos por los cuales los focos más considerables del movimiento de liberación nacional se han concertado, principalmente, en Cataluña y en Euzkadi; es decir, en los dos centros industriales más importantes del país.

La lucha de Cataluña por su emancipación.

Si los rasgos distintivos de una nación los constituyen la existencia de relaciones económicas determinadas, la comunidad de territorio, de idioma y de cultura, Cataluña es indudablemente una nación. Cataluña, cuna de una burguesía comercial poderosa, entra desde los primeros momentos en lucha con el Estado unitario español, representado por las castas parasitarias y feudales. Y cuando, como consecuencia del descubrimiento de América, el Mediterráneo pierde su importancia comercial y se prohíbe a los catalanes comerciar con el Nuevo Mundo, la decadencia de la burguesía determina un colapso en el desarrollo eco-

nómico y cultural del país.

Con la aparición de la industria y de la burguesía industrial, se acentúa el antagonismo con la oligarquía que rige los destinos de España y se inicia el movimiento de emancipación nacional, cuya intensidad aumenta en proporción directa con el desarrollo de la industria. La *renaixença* literaria que caracteriza los inicios del movimiento no es más que la envoltura externa, el medio de expresión inconsciente de ese antagonismo fundamental, que no tarda en manifestarse en toda su desnudez. En efecto, cuando el catalanismo empieza a tomar cuerpo como movimiento político, es para expresar las reivindicaciones de carácter económico de la burguesía industrial. Y cuando, con la pérdida de las colonias, Cataluña se ve privada de sus mercados más importantes y la incapacidad de la oligarquía gobernante aparece en toda su trágica magnitud, el catalanismo adquiere un nuevo y poderoso impulso. La protesta de la burguesía catalana se acentúa y se precisa. En la Prensa de la época aparece reflejado el antagonismo de intereses entre la Cataluña industrial y la España agrariofeudal. La tesis de la burguesía catalana, expresada por uno de sus órganos más caracterizados, el «Diario del Comercio», según un artículo que resumimos, es la siguiente: La industria catalana necesita importar algodón, lino, cáñamo, seda, lana, etcétera, con franquicia absoluta. A las demás regiones les conviene, en cambio, exportar sus frutos y sus primeras materias en las mejores condiciones posibles e importar, a bajo precio, los artículos manufacturados. «Esta es la verdad escueta que, sin ambages ni rodeos, cabe expresar concisamente de esta manera: Cataluña, económicamente, es un pueblo independiente que se basta a sí mismo; el resto de España, salvo raras y honrosísimas excepciones, es una colonia»

Añádase a esto el descontento por expedienteo, las trabas administrativas opuestas al desarrollo económico y al establecimiento de las industrias, y se tendrá una idea clara de los orígenes del movimiento catalán, movimiento indudablemente progresivo frente al Estado semifeudal y despótico.

En este sentido, como hemos hecho ya observar más arriba, el movimiento de emancipación nacional de Cataluña no es más que un aspecto de la revolución democráticoburguesa en general, que tiende a destruir, en interés del desarrollo de las fuerzas productivas, las reminiscencias de carácter feudal y se distingue por los mismos rasgos característicos. La emancipación nacional, como la revolución democrática, no es posible más que con la participación de las masas obreras y campesinas, y esta participación, en las circunstancias históricas presentes, presupone la lucha contra los privilegios de la clase capitalista, el

desbordamiento de los límites fijados por la burguesía. De aquí que ésta tienda al compromiso y a la alianza pura y simple con el Poder central para aplastar el movimiento de las masas. Así, en 1899, en uno de los momentos más graves para el centralismo español, la burguesía catalana presta su apoyo a Polavieja, el asesino de Rizal; en 1917, aterrorizada por la huelga general de agosto, da dos ministros a la monarquía; en 1919-1922 colabora directamente en la sangrienta represión ejecutada por los representantes del Poder central; en 1923 facilita el golpe de Estado de Primo de Rivera, y, finalmente, intenta apuntalar a la monarquía tambaleante participando en su último Gobierno.

La traición de la gran burguesía en el terreno de la lucha por la emancipación nacional la desplaza —exactamente igual como en la revolución democrática— de la dirección del movimiento. Y entonces aparece, en primer término, la pequeña burguesía, la cual, gracias, por una parte, a su radicalismo y a su programa demagógico —es el caso de Maciá y de la «Esquerra Republicana de Catalunya»— y, por otra, a la ausencia de una gran partido proletario, consigue arrastrar tras sí a las grandes masas populares. Pero la pequeña burguesía manifiesta desde el primer momento las vacilaciones y la indecisión propias de una clase incapaz, por su propia naturaleza económica, de desempeñar un papel independiente. Llevada del impulso inicial, proclama la República Catalana, para batirse en retirada dos días después y contentarse con un Estatuto que establece una autonomía limitadísima. Y cuando los campesinos obligan al Parlamento catalán a consagrar de derecho —mediante la ley de Contratos de Cultivo— lo que habían ya conquistado de hecho, adopta una actitud defensiva y se transformará indefectiblemente en una claudicación o en un compromiso equívoco.

Y, sin embargo, el movimiento nacional de Cataluña, por su contenido y por la participación de las masas populares, es, en el momento actual, un factor revolucionario de primer orden, que contribuye poderosamente, con el movimiento obrero, a contener el avance victorioso de la reacción. De aquí se deduce claramente la actitud que ha de adoptar ante el mismo el proletariado revolucionario:

1º Sostener activamente el movimiento de emancipación nacional de Cataluña, oponiéndose enérgicamente a toda tentativa de ataque por parte de la reacción.

2º Defender el derecho indiscutible de Cataluña a disponer libremente de sus destinos, sin excluir el de separarse del Estado español, si ésta es su voluntad.

3º Considerar la proclamación de la República

catalana como un acto de enorme trascendencia revolucionaria; y

4º Enarbolar la bandera de la República catalana, con el fin de desplazar de la dirección del movimiento a la pequeña burguesía indecisa y claudicante, que prepara el terreno a la victoria de la contrarrevolución, y hacer de la Cataluña emancipada del yugo español el primer paso hacia la Unión de Repúblicas Socialistas de Iberia.

Andreu Nin (1892-1937), escritor y militante revolucionario de El Vendrell, maestro en 1914, periodista de *Poble Català*, diario republicano y catalanista, miembro del PSOE durante unos meses y sindicalista revolucionario de la CNT en 1918. Partidario de la adhesión del cenetismo a la revolución soviética, Nin se consagró desde 1921 a 1930 a la Internacional Sindical Roja desde Moscú. A la caída de la Dictadura fundó Esquerra Comunista, de tendencia trotskysta y, por tanto, anti-stalinista. En 1935 fusionó su organización con el BOC fundando así el POUM. Autor de abundantes trabajos teóricos de los más brillantes del marxismo catalán y español, fue también político activo y Conseller de Justícia de la Generalitat al estallar la revolución proletaria catalana de 1936. Fue asesinado por los comunistas stalinistas en 1937.

Precisa crear en España un movimiento de carácter nacional. Hasta ahora sólo ha existido el «catalanismo», y usufructuado por la burguesía. Hay que trocar la cuestión nacional en problema revolucionario. Y esto sólo podrá hacerse si la clase trabajadora arranca a la burguesía la dirección del movimiento por la independencia nacional.

En la Revolución rusa ayudó al triunfo de los bolcheviques, tanto como la insurrección de los obreros y campesinos, la insurrección de las nacionalidades. El Estado zarista, que no había roto la revolución de marzo, era desarticulado, con el reconocimiento del derecho de los pueblos a disponer de sus destinos.

En nuestra Revolución hay un problema agrario, cierto. Pero la cuestión nacional desempeña solamente un papel en una parte de España, en Cataluña. La llamada «cuestión catalana» ha sido un motivo importante de las vacilaciones políticas durante los últimos veinticinco años. El separatismo catalán ha contribuido más que el republicanismo clásico al hundimiento de la monarquía.

En España ha habido, desde que la burguesía empezó a ser una fuerza importante, una oposición continua entre el Estado y la nación, entendiendo por nación la clase que históricamente estaba llamada a desempeñar el poder.

La nación era burguesa, y el Estado, feudal todavía. En 1873 la burguesía tomó el poder, pero siguió subsistiendo el Estado feudal. A la postre, el Estado acabó con la República.

Ahora ocurre lo mismo. El poder se halla en manos de un gran bloque burgués. Sin embargo, el Estado no ha sufrido alteración fundamental alguna. El Estado republicano es el mismo Estado monárquico, semifeudal, de hace tres meses. «Esto matará aquello.» El Estado monárquico acabará por imponerse. La evolución que va viéndose en el sentido de un gobierno Lerroux, Maura, Sanjurjo, Azaña, es el triunfo del Estado monárquico. La Revolución burguesa será ahogada por el Estado semifeudal.

La aparición de un movimiento nacional revolucionario en toda España, en Cataluña, en Vasconia, Galicia, Andalucía, etc., ayudará grandemente a desarticular el Estado. El proletariado y los campesinos, fuerzas motrices de la Revolución, encontrarán un refuerzo considerable en el frente de lucha.

Decir que nosotros, comunistas, no debemos

fomentar el separatismo es una vergonzosa capitulación ante los prejuicios socialdemócratas. Los que así dicen estarán seguramente de acuerdo con Largo Caballero cuando se opone al reparto de las tierras porque esto fomenta el espíritu burgués de los campesinos.

El problema agrario, como el problema de las nacionalidades, debe ser enfocado como proceso dialéctico. En el primer momento, los campesinos al asaltar las tierras llevan a cabo la revolución agraria burguesa. Pero la revolución no se detiene. Después del reparto de las tierras llega la hora de la colectivización agraria, la etapa actual de la Revolución rusa. Para que fuese posible crear la unidad socialista fue preciso hacer el fraccionamiento primero.

De idéntica manera en la cuestión nacional. La verdadera unidad rusa, la Unión Soviética, no ha podido ser hecha más que gracias al derecho previo de separación. Lenin resumía la tesis sobre la libre separación diciendo: «Separación en interés de la unión».

El movimiento campesino en su fase actual, en España, tiene una base burguesa en el sentido de que lo que le anima es el hambre de tierra. Por eso nosotros decimos: «La tierra para el que la trabaja». Fomentamos la insurrección campesina como factor revolucionario que viene en ayuda del proletariado.

La cuestión nacional hay que colocarla en el mismo plano. ¿Puede el movimiento libertador nacional ser un refuerzo revolucionario? ¿Sí? Pues en ese caso hay que fomentarlo.

El movimiento separatista revolucionario irá dirigido contra el Estado semifeudal imperante.

Es evidente que la separación nacional no implica lo mismo en el movimiento obrero. La clase trabajadora debe permanecer unida por encima de todas las fronteras nacionales.

Sólo la toma del poder por el proletariado podrá rehacer la verdadera unidad peninsular constituyendo la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

Joaquín Maurin (1896–1973) maestro leridano, miembro de las Juventudes Republicanas en 1917, cenetista en 1919, partidario de la incorporación de la CNT a la Internacional Sindical Roja, vinculada a la revolución soviética, fundador en 1930 del Bloc Obrer i Camperol, de tendencia comunista y catalanista antistalinista. Promotor en 1933 de la Alianza Obrera y de la participación proletaria en el intento revolucionario del 6 de octubre de 1934. Fundador junto con Nin, del P.O.U.M.

El problema de les nacionalitats ha estat considerat massa sovint com un problema la solució del qual els marxistes revolucionaris haviem d'incloure en el nostre programa de revolució democràtica però només per una simple qüestió d'oportunisme.

Es deia que, puix que encara hi ha importants nuclis obrers que en diverses nacionalitats sotmeses a un Estat centralista pateixen la mania petitburgesa del nacionalisme, calia afegir a les nostres consignes immediates aquella del dret dels pobles a disposar de llurs destins, però deixant-la només escrita damunt el paper, sense fer res de positiu per aplicar-la.

I aquest confusionisme ha arrelat tant entre certs sectors del proletariat que ja és hora de dir ben clar i ben alt que són perfectament compatibles el marxisme revolucionari i el maximalisme nacionalitari. Cal dir ben clar als treballadors de les nacionalitats oprimides que llur deure és ésser maximalistes i marxistes revolucionaris tot alhora. I cal dir també a la classe treballadora dels països opressors que el deure dels treballadors d'un Estat centralista i unitari és reclamar i defensar la llibertat de les nacionalitats que lluitin, dintre el propi Estat, per llur emancipació política completa.

«La formació d'un front revolucionari comú només és possible si el proletariat dels països opressors sosté directament i resoludament el moviment d'indpendència dels pobles oprimits contra l'imperialisme de la metròpolis, perquè —segons digué Marx— un poble que n'oprimeix un altre no pot ésser lliure».



A casa nostra, el doctor Martí i Julià fou qui primer va llançar-se a la lluita per agermanar el socialisme i el nacionalisme.

Iniciada la campanya a la darrerria del segle passat, va trobar de seguida col·laboradors entusiastes entre la classe treballadora i entre els pocs intel·lectuals de Catalunya que, aleshores, s'atrevien a dir-se socialistes.

Precisament, aquests dies fa trenta-tres anys (era l'any 1902) que, secundant aquella campanya de l'ala esquerra de la Unió Catalanista, Gabriel Alomar, l'ex-militant de la U.S.C., publicava un treball en espanyol que titulava: *Harmonización de la corriente socialista con la nacionalista*. Els marxistes revolucionaris és evident que no podem subscriure aquell estudi pel seu fons socialista reformista, però el leninisme ha assentat les bases veritablement revolucionàries d'aquesta compatibilitat entre el socialisme i el nacionalisme ben entès.

Després de la gran guerra, el sentit del mot «nacionalista» ha estat tergiversat i interpretat pejorativament. I és per això que, per evitar que qualsevol moviment d'emancipació nacional sigui considerat com a feixista, els marxistes revolucionaris, mai no els anomenen «nacionalistes».

El nacionalisme ben entès, el nacionalisme que senten, per exemple, certs obrers que encara no tenen consciència de classe però que lluiten amb entusiasme per l'emancipació nacional del propi país, no pressuposa de cap manera la unitat nacional de totes les classes, com algú afirma. Els obrers als quals ens referim, tot i no tenir consciència de classe, saben prou bé que, amb la burgesia de llur país, no hi poden pas comptar per a la lluita contra l'Estat opressor. El nacionalisme d'aquests obrers és progressiu i mai no el podem confondre amb el nacionalisme burgès. I són aquests moviments nacionals de caràcter progressiu els que ha de sostenir el proletariat, i més que sostenir-los n'ha d'ésser el capdavanter i el més esforçat defensor de la consigna del dret d'autodeterminació de les nacionalitats oprimides, fent-los costat i impulsant-les fins a la separació absoluta, si aquesta és llur voluntat, per constituir un Estat independent.

«A la fusió, inevitable, de les nacions, només s'hi pot arribar a través del període transitori de l'alliberament complet, és a dir, de la llibertat de separació de totes les nacions oprimides» (Lenin).

Així, quan un obrer partidari de l'emancipació nacional del seu país ens parla del desig d'harmonitzar l'acció socialista amb l'acció nacionalista —posem per cas—, cap marxista no podrà combatre ni refusar una tal posició, perquè s'ajusta perfectament al marxisme revolucionari i, per tant, al leninisme.

Segons Lenin, no es podrà realitzar la gran unió mundial de Repúbliques socialistes si no és «per la unió lliure i fraternal dels obrers i de les masses populars de totes les nacions». Es evident que té tota la raó, i també en té quan diu que cal anar primer a la separació per anar després a la unió.

I quan nosaltres defensem el dret d'autodeterminació dels pobles fins a la separació en nom del marxisme revolucionari estem perfectament dintre la línia, com quan defensem els règims d'autonomia. La defensa d'un règim autònom, per esquivit que sigui, és perfectament compatible amb la defensa del dret a la llibertat absoluta.

«L'autonomia, com a reforma, es diferencia fonamentalment de la llibertat de separació, com a mesura revolucionària. Com tothom sap, però, en la pràctica, la reforma, sovint, no és sinó un pas cap a la revolució. L'autonomia permet a les nacions retingudes per força dins les fronteres d'un Estat de constituir-se definitiva-

ment com a nació, d'aplegar, conèixer, organitzar les seves forces, d'escollir el moment oportú...» (Lenin).



Tots els partits obrers, a excepció del B.O.C., diuen: primer la Revolució social, després la llibertat de les nacionalitats.

De la mateixa manera que els republicans d'esquerra diuen: primer l'afiançament de la República burgesa i centralista, després parlarem de federalisme. Nosaltres hem de combatre els uns i els altres. Hem de defensar el dret a la separació i dirigir la lluita a cada nacionalitat tot pensant en una futura Unió de Repúbliques Socialistes.

Ramon Fuster, polític, sindicalista y escritor catalán miembro del Bloc Obrer i Camperol, partidario de la separación revolucionaria de Catalunya respecto al Estado oligárquico—burgués español para construir en ella el socialismo y federarse luego en la Unión de Repúblicas Socialistas.

Era cosa prevista en la lenta agonia de la dictadura que així que la censura no fos tan restringida, i que la paraula tingués una mica més de llibertat, tot allò que la primera dictadura havia perseguit amb un furor ininterromput rebrotaria amb més força que abans, sobretot en sobrerres manifestacions externes i propícies a crear un abrandament sentimental en les gents, el qual engendraria un confusionisme nefast.

Ara, després de cinc mesos que funciona una segona dictadura amb un caràcter més tolerant que l'anterior, però amb la mateixa finalitat que la primera —conservar, sense modificar, la Constitució de 1876 i la monarquia— observem fa setmanes el confusionisme desorientador que hem assenyalat.

El desplaçament general de l'opinió pública cap a l'esquerra agreuja, pel que fa referència als obrers, la situació actual.

Limitem-nos a estudiar dintre de Catalunya —que pel fet d'ésser la nacionalitat d'Ibèria en què ha pres caires més virulents el problema de la llibertat col·lectiva— aquest estat de confusionisme, ja que és la contrada peninsular on van més desorientades les masses obreres.

El problema català, negligit fins avui per les entitats de classe, féu que aquest, acaparat per les nostres dretes pairals, prengué una significació eminentment reaccionària als ulls dels treballadors. Hom confonia lamentablement el catalanisme polític, representat per la «Lliga», l'«Acció Catalana», etc., amb la catalanitat. Catalanisme i reaccionarisme eren sinònims per a la immensa majoria dels nostres obrers que, influenciats per un absurd internacionalisme que parlava en castellà, mirava despectivament el catalanisme, el qual solament veien a través de les conxorxes i turpituds electoreres.

Gràcies a la dictadura, el catalanisme —la catalanitat en acció— ha bifurcat els seus camins. Per raó de les persecucions sofertes —abans del 1923, el catalanisme, l'explotaven les dretes davant del govern central per obtenir privilegis econòmics que solament beneficiaven els nostres explotadors— els obrers s'han sentit ferits en la seva catalanitat, que tenien adormida per reacció al catalanisme reaccionari. En aquests anys d'opressió acarnissada, una part del nostre obrerisme s'ha integrat al moviment català.

D'altra banda, aquelles minories obreres que ja actuaven dintre del catalanisme i creien encara en una acció conjunta de burgesia i proletariat per a resoldre —com un problema previ a l'acció de classe— la qüestió catalana, han sofert un descengany saludable en veure que la gran burgesia catalana no es llançava a una acció decidida contra l'Estat espanyol.

I aquests dos corrents: els obrers catalanistes que s'han sentit proletaris i la dels proletaris que s'han catalanitzat, han format, durant la dictadura, el fogar encès d'un ideal únic d'igualtat i de llibertat —en sentit econòmic i polític— que resol el problema de justícia social; el de la llibertat individual i col·lectiva.

Caiguda la dictadura, caldrà orientar convenientment aquests dos corrents que han convergit, perquè segueixin una línia de conducta recta que pugui servir d'orientació —eficaç en l'actuació— a les masses obreres de Catalunya.

Cal delimitar exactament els camps. Cal combatre en nom de la ciutadania universal dels treballadors explotats, solidaris per damunt de les fronteres, el nacionalisme català reaccionari, el qual, sota la capa del neutralisme, intenta aplegar, servint-se del nom de Catalunya, dretes i esquerres, anteposant la qüestió catalana a la qüestió social.

No. El problema no es planteja com voldrien els nostres confusionistes de la dreta i que actuen frenèticament en notar que se'ls en va de les mans el moviment català que fins ara havien controlat. La qüestió catalana, al nostre entendre, ha de formar part, com a problema de llibertat col·lectiva, del problema d'igualtat i de llibertat del proletariat d'Ibèria.

Si fins avui les dretes tenien la direcció del moviment de reivindicació de Catalunya, la dictadura ha posat al descobert el fet que la burgesia catalana, a través del fet català, pledegés davant de Madrid miserables interessos de la classe capitalista en detriment dels seus conciutadans.

D'ara endavant, hi haurà del catalanisme dues interpretacions. La dels burgesos que volen la llibertat de Catalunya per suprimir les traves del govern d'Espanya damunt l'economia catalana i la llibertat de continuar explotant ells sols els nostres obrers, i la dels proletaris que volen la llibertat de Catalunya com un objectiu més del seu programa de reivindicacions socials, per portar el proletariat català a una ampla federació amb el proletariat de les altres nacionalitats peninsulars dintre de la futura «Unió de Repúbliques Socialistes d'Ibèria».

Jordi ARQUER («Treball», nº 17, 21-IV-30,
pp. 1 i 2.)

Jordi Arquer (. 1906) fundador en 1928 Partit Comunista Català. A la caïda de la Dictadura de Primo de Rivera, fundador del Bloc Obrer i Camperol junto con Maurín. En 1935, fundador del Partit Obrer d'Unificació Marxista (POUM), junto con Maurín y Andreu Nin. Traductor de Lenin, Stalin y Bujarin en temas relacionados con la cuestión nacional y el comunismo. Autor de "De Pi i Margall al comunisme" (1931) y "Los comunistas ante el problema de las nacionalidades ibéricas" (1931).

Contra l'opressió idiomàtica. El dret a la llengua pròpia.

Es evident que els interessos de la vida econòmica, la necessitat de facilitar les relacions, obliguen els habitants de les nacionalitats que formen un Estat «mentre vulguin viure junts» a aprendre l'idioma de la majoria. Basant-se en aquesta necessitat, no pocs socialistes i comunistes arriben a la monstruosa conclusió que cal impedir el desenvolupament de les llengües nacionals i imposar l'ús de l'idioma oficial de l'Estat, que sempre és el de la nació dominadora. Aquests socialistes i comunistes, tot i cobrir-se amb la bandera de l'internacionalisme, en realitat són uns xovinistes. Llur punt de vista és més a prop de l'imperialisme que del marxisme. «Perquè les diverses nacions puguin viure juntes lliurement i en pau o, quan els convingui, puguin separar-se constituint Estats separats, cal un democratism complet, sostingut per la classe obrera. Ni un privilegi per a cap nació ni per a cap idioma! Ni la més petita vexació ni la més ínfima injustícia envers la minoria nacional!; heus aquí els principis de la democràcia obrera.» Tota disposició que violi la igualtat de drets de les nacions ha d'ésser declarada il·legal, i «qualsevol ciutadà de l'Estat ha de tenir el dret d'exigir l'abolició d'aquesta disposició com a anticonstitucional i el càstig dels qui la portin a la pràctica».

Si els drets de les nacions són respectats, si cap d'elles no gaudeix de privilegis, si llur igualtat és absoluta, si els principis veritablement democràtics són observats, les necessitats mateixes de la vida econòmica determinaran —sense necessitat de privilegis ni vexacions— l'idioma l'ús del qual resultarà més avantatjós per a la majoria de la població.

J. CASES I BUSQUETS, *Catalanisme i socialisme*, 1934

Afirmàvem en el nostre article anterior la necessitat d'arraconar d'una vegada de les fileres del Socialisme català el sentit unitarista espanyol, que ha estat la nosa secular que s'ha oposat al desenvolupament de les organitzacions socialistes catalanes.

Aquest sentit unitarista espanyol, en el nostre camp, ha estat representat pel P.S.O.E. No volem pas tirar-li-ho en cara. Fins i tot arribarem a concedir que

potser tenia mitja raó a actuar com ho feia, pel fet que durant molt temps el catalanisme va estar en mans dels nostres enemics únicament. Sí, però, que volem consignar que, actuant d'aquesta manera, si bé a Catalunya feia tasca antiburguesa, de cara a Espanya afirmava els puntals del centralisme, convertint els socialistes catalans en uns buits provincians. De tot això, ara en patim les conseqüències, que no són altres que, en molts dels antics militants del P.S.O.E., hi trobem, més que no pas socialistes, afiliats; més que no pas convençuts i assabentats del que és el Socialisme, gent entestada en aquell unitarisme del qual parlàvem abans, que consideren —amb la més gran fe— que qui no milita en el P.S. espanyol no té res de socialista.

No dubtem pas que amb el temps els fets els faran veure llur error. Remarquem, només, els resultats que ens ha donat aquesta actuació funesta que, en nom de la tàctica i la disciplina, no ha fet altra cosa que menar estimats companys al confusionisme més ignorant.

Des del moment que acceptem i reconeixem la diferència ètnica, lingüística, psicològica i econòmica que hi ha entre Catalunya i Espanya, hem d'actuar d'acord i de cara a aquesta realitat. L'ortodòxia marxista així ens ho assenyala, i les necessitats del socialisme a Catalunya així ens ho imposen. Fer altra ment és aturar la marxa que vers els organismes socialistes ha emprès el proletariat català i desaprofitar el moment potser únic que vivim i que coincideix amb la desmembració i l'enrunament estrepitosos de les organitzacions i doctrines que fins ara havia seguit.

La realitat de la diferència entre Catalunya i Espanya, avui reconeguda en el terreny polític d'una manera inicial —al Socialisme li correspon de completar-la— imposa als socialistes catalans el manteniment i l'organització del partit polític, de l'organisme sindical i del cooperativista, essencialment catalans.

No podem mirar enrera. Tenim l'obligació de mirar endavant, de cara a la Unió de Repúbliques Socialistes —ibèriques o el que siguin—, en la qual nosaltres volem ingressar amb personalitat pròpia. Es per això que hem d'organitzar-nos i preparar-nos tal com som. Es aquesta la raó del nostre catalanisme, que com més accentuat i intransigent serà més aviat ens portarà —com digué el malaguanyat camarada Jean Jaurès, en el seu famós *Discurs a la Joventut*— «a la pau Socialista definitiva, que en l'acord i tot de les nacions no esborrarà pas les pàtries que servaran llur profunda originalitat històrica, llur funció pròpia en l'obra comuna de la humanitat reconciliadora».

J. Cases i Busquets, periodista y político catalán, colaborador de la revista teórica de la Unió Socialista de Catalunya, Justícia Social.

I N D I C E

Introducció	3
Marx-Engels, "Manifiesto Comunista"	6
Karl Marx, "Irlanda y la clase obrera inglesa"	8
Engels, "Socialismo e independencia nacional"	9
Otto Bauer, "Creciente diferenciación entre las naciones en la sociedad socialista"	9
Rosa Luxemburg, "El proletariado y la cuestión nacional"	12
Lenin, "Del derecho de las naciones a su autodeterminación"	13
Lenin, "Notas críticas sobre la cuestión nacional"	14
Lenin, "Cartas a Chaoumian"	15
M. Serra i Moret, "Introducció al Manifest Comunista"	16
Andreu Nin, "El marxismo y los movimientos nacionalistas"	18
J. Maurín, "Los problemas de la Revolución. La cuestión de las nacionalidades"	24
Ramon Fuster, "Marxisme i nacionalisme"	26
Jordi Arquer, "Catalanisme reaccionari i proletaris catalanitzats"	29
Andreu Nin, "Els moviments d'emancipació nacional"	31
J. Cases i Busquets, "Catalanisme i socialisme"	31

